

Carta de México a España

Adrián Lajous

LA mayoría de la gente cree que su propio país es uno de los más complicados del mundo. Cayendo en esta trampa voy a dar cuenta de algunas de las complicaciones internas del mío.

Geografía: México abarca un espacio algo mayor que el que estaba bajo un tipo de hegemonía del Imperio Azteca pero bastante menor de lo que posteriormente fue la Nueva España, que heredamos de la madre patria. En 1848, Estados Unidos nos arrebató por la fuerza de las armas, todo lo que ahora son los Estados de Tejas, Nuevo México, Arizona, California y Nevada, así como partes menores de lo que son Wyoming, Colorado y Oklahoma. Aun así nos quedan dos millones de kilómetros cuadrados, lo que nos hace casi cuatro veces más extensos que España. Coloquemos el mapa del México actual sobre el de España de manera que la ciudad de México quedara precisamente sobre Madrid; Tijuana, en el extremo noroeste quedaría sobre el mar de Irlanda; Cancún, en el extremo nororiental de la península de Yucatán, quedaría en la costa de Italia a la altura de Liorio; el extremo sur del país estaría sobre Marruecos. En Tijuana tenemos el mismo dulce clima de San Diego y Los Angeles en la California de Estados Unidos; en Tapachula priva un clima caliente y húmedo, de ella se suele decir que sólo hay dos estaciones, la del calor y la del ferrocarril.

Tenemos una orografía muy variada. En el Norte hay una enorme franja de zona árida con ribetes saharianos y climas extremos. Varían entre el día y la noche y verano e invierno.

Las temperaturas más altas se registran en Mexicali, ciudad más abajo del nivel del mar en la frontera con Calexico, California; allí, hay días de invierno en que los charcos amanecen helados. Aunque éste es un caso excepcional, nuestros Estados norteños tienen climas extremos.

Hay junglas tropicales en el sur y sureste y en el centro, un nudo montañoso con grandes valles altiplanos con climas templados. La Sierra Madre es la continuación de las Montañas Rocosas en el país vecino del norte que continúa, cambiando de nombre, desde los Andes hasta Tierra de Fuego en la punta de Argentina. La menos impresionante Sierra Madre oriental empieza al sur de la frontera de Estados Unidos y se anuda con la anteriormente descrita a la altura de la ciudad de México. En este nudo montañoso a la latitud de 19 grados norte está el valle del Anáhuac, sede de la

Adrián Lajous, escritor, es profesor de la Universidad Autónoma de México.

ciudad de México. Tiene 2.200 metros sobre el nivel del mar, lo que nos ofrece un excelente clima templado.

Demografía: los adelantos en salud pública en este siglo han permitido que la población llegue a crecer al nivel más alto del mundo, logrando un 3,5 por cien anual en 1974. Estos datos significaban que, de haberse continuado con ese ritmo de crecimiento, cada mujer habría tenido un promedio de más de siete hijos vivos durante su vida. En parte ha sido mediante un gran esfuerzo de planificación familiar por lo que el ritmo de crecimiento ha bajado al 1,9 por cien anual: si persistiera, la población se duplicaría cada 35 años. Pero no hay capital suficiente para duplicar todas las obras públicas y edificaciones privadas y públicas en tan corto plazo.

Ahora tenemos una población del orden de 85 millones de habitantes. Dada nuestra extensión territorial, la primera impresión sería que la presión demográfica sobre los recursos no parecería peligrosa. Sin embargo, grandes áreas son áridas, infértiles o montañosas. Otras son selváticas, tienen suelos delgados que no son aptos para la agricultura. Pero el obstáculo principal es el agua. Holanda tiene una de las más altas concentraciones de población en el mundo pero no sólo le da de comer a sus 14 millones de habitantes sino que exporta mucha comida. Etiopía o Sudán tienen tierra de sobra pero es desértica e improductiva, lo que resulta en hambrunas frecuentes. Otro caso de falta de agua. El mundo ya no resiste la presión de población sobre los recursos.

En México, como en muchos otros países hemos estado destruyendo la fertilidad del suelo, provocando erosión y estamos acabando con los bosques por el afán de meter el arado en tierras vírgenes pero no laborables. Todo por la presión demográfica. Se espera que siga bajando la fertilidad de las mujeres mexicanas y que mejoren las prácticas agrícolas y se aminore la destrucción. Por lo pronto, nos estamos comiendo nuestra capital.

Etnias: en México se considera discriminatorio clasificar a las personas por raza en los censos y, por tanto, no se dispone de estadísticas fiables sobre el particular. Consecuentemente, varían ampliamente las estimaciones. Una muy usada es 20 por cien de blancos y la misma proporción de indígenas; el resto es el 60 por cien de mestizos. Pero cada día que pasa se va borrando el sentido de raza en este país birracial. El término "indio" va tomando un sentido cultural más que racial. Así, de vez en vez se escucha a alguien decir "cuando yo era indio". Cuando se le pregunta a quien lo dijo, contesta algo así como "era indio cuando trabajaba la tierra y usaba ropa de tela de algodón crudo y calzaba huaraches. Ahora uso *blue jeans*, botas de cuero, sé leer y más o menos escribir, ayudo a un chófer a cargar y descargar un camión y estoy aprendiendo a manejarlo, ya no soy indio".

El hombre ha cambiado de estado socio-económico y a nadie le importa el color de su piel. Exagero. A pocos les importa.

Yo eliminaría del 20 por cien que se clasifica informalmente como indio a todos los que ya son parte integrante de la cultura occidental. Aprovecharía otra clasificación que sí se hace oficialmente; es la de los que no saben español o, siendo bilingües, siguen usando cotidianamente su idioma indígena. Así, reduciría el porcentaje de “indios” a un cuatro o cinco por cien de la población del país, quizá aún menos. Esos son los marginados.

Todos somos mexicanos, independientemente de quién descendamos. Nuestra cultura vino de Occidente aunque mantenga dejos de la indígena. Sea cual fuera el origen de nuestras familias todos somos mestizos aun cuando sólo fuera emotivamente. Las estatuas de nuestros héroes del siglo XVI son las de los defensores indígenas y no de los conquistadores españoles. La memoria histórica se transmite de madres a hijos. La nuestra en este país mestizo es de violación, de desposesión de la tierra, de destrucción de nuestra cultura y de esclavización. Nuestro máximo héroe es Cuauhtémoc, el último rey azteca. Uno de nuestros grandes villanos es Hernán Cortés, aunque éste tiene aún muchos vergonzantes admiradores.

Crímenes serán del tiempo, no de España, pero siguen siendo crímenes. La conquista de México y su secuela fueron crueles e injustas. Pero eso todo ya pasó, dejando sólo cicatrices en el alma colectiva. Ahora el crimen es exactamente el opuesto y todos somos responsables: no haber terminado de extender la cultura a todos.

Los núcleos indígenas que sobrevivieron como tales son descendientes de los que se refugiaron en los más recónditos valles de las más distantes montañas, como en los Estados de Chiapas, Oaxaca, Guerrero, Hidalgo y Chihuahua; esto es, en los lugares peor comunicados. Así subsistieron más o menos tranquilos hasta este siglo.

La extensión de nuevas carreteras en las montañas abrió la puerta a la repetición del choque de dos culturas. Una gran diferencia entre el encontronazo actual y el del siglo XVI es que la ética contemporánea no permite la imposición de la cultura de Occidente sobre la indígena; es necesario persuadir al indígena para que nos permita enseñarle español y traerlo al siglo XXI. Mientras esto sucede tenemos a cientos de miles de nuestros cohabitantes marginados e indefensos. Tienen mayor tiempo de residencia que nosotros, los latinos contemporáneos, pero no son verdaderos mexicanos cuando no hablan el idioma nacional ni entienden qué es un país. Son explotables y explotados. Para colmo se están reproduciendo a una tasa aún mayor a la que tenía el país en 1974; entonces el índice era del 3,5 por cien y en Chiapas ahora llega al 4,5 por cien. No les queda más remedio que invadir los predios ganaderos que los rodean.

Relación con Estados Unidos: la política exterior de México está afectada por un hecho irreversible: nuestra contigüidad geográ-

fica. Quizá es el único caso donde las fronteras del Primer y Tercer Mundo se tocan. El hecho de que Estados Unidos sea el primer país del mundo en materia económica y fuerza militar, le ha llevado a tomar la actitud de policía y árbitro de la conducta política de todos los demás. Ejerce estas funciones en la medida que le permite la distancia que le separa y la fuerza del país al que consideran de "mala conducta".

A pesar de lo hasta aquí dicho, hay varios factores que refrenan la fuerza estadounidense. En primer lugar está el hecho de que hemos demostrado la decisión de defendernos. Seríamos derrotados, pero no sin gran costo político y social. Otra cosa que nos ayuda es el cambio que ha habido en los últimos cincuenta años en la aplicación de la moral en la relación entre países. Finalmente, a nuestros vecinos no les conviene tener en su frontera sur cien millones de desafectos activos.

A través de los años nuestras mutuas actitudes han venido suavizándose y tenemos menos problemas. "México no puedo olvidar su historia, pero tiene que enterrar ya a sus muertos". Por contra, la concentración de nuestro comercio exterior en un solo país, le da una enorme ventaja a quien compra más del 70 por cien de lo que podemos exportar. Con que nos cerraran una semana los tres mil kilómetros de nuestra mutua frontera, nos sacudirían.

En estos momentos los dos principales problemas entre nuestros dos países son la invasión ilegal de trabajadores marginados de México a Estados Unidos y el hecho de que una parte de la droga que se consume en aquel país les llega de nuestro territorio o a través de él.

Hace menos de diez años, en Los Angeles, hubo un simposio sobre el problema internacional de la droga. El orador principal a la hora de la comida fue el entonces senador por California y actual gobernador del Estado, Peter Wilson. En su alocución, Wilson se quejó de que el gobierno de México no había mostrado la capacidad o la voluntad política de interceptar la exportación de drogas, hasta el punto de que el 30 por cien de la droga consumida en Estados Unidos procedía de México. Quien esto escribe pidió la palabra y le dijo a Wilson que, aun dando por buenas sus estimaciones, quería recordarle que el cien por cien de la droga consumida en Estados Unidos había procedido de su propia producción o había transitado por Estados Unidos. Todas las policías estadounidenses habían carecido de la capacidad o voluntad para detenerla antes de ser distribuida al público y consumidores. Además, la producción de droga era inducida y financiada por sus consumidores. Por no controlar el consumo nos había creado el problema del narcotráfico y todos los de la criminalidad que lo acompaña.

Comercio exterior: hace más de cien años, la fallida estrategia del gobierno mexicano fue buscar la diversificación del destino de nuestras exportaciones y el origen de nuestras importaciones.

Nada se progresó. La verdad es que el comercio exterior no se puede decretar. Son las fuerzas de mercado las que lo permiten o lo estorban. Crece casi solo. El intercambio entre nuestros países es orgánico y natural.

El aparente destino del mundo es la gradual cohesión de todos los países. Rumbo a esta globalización se han venido juntando por grupos regionales. El mejor ejemplo es la Comunidad Europea. Otra agrupación que tiene mucha lógica es el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (TLC) hasta ahora integrado por México, Estados Unidos y Canadá.

Nuestro problema es que Canadá y Estados Unidos están ya capacitados para aprovechar la liberalización. Sus exportaciones a México representan una parte muy pequeña de su Producto Interior Bruto, hasta el punto que se podría surtir poniendo a trabajar parte de su capacidad instalada ociosa. México, en cambio, tendrá que invertir grandes cantidades durante muchos años para lograr la capacidad suficiente para aprovechar plenamente la liberalización comercial.

Actualmente el déficit en la balanza en cuenta corriente ha llegado al orden de veinte mil millones de dólares al año. Aunque el desequilibrio ha bajado de esa cifra, puede llegar a empeorar. Otra desventaja es que una parte sustancial de nuestras exportaciones provienen de empresas transnacionales que se están exportando a sí mismas. Es parte del precio de crecer y poder dar ocupación al millón y pico de hombres y mujeres que entran a la fuerza del trabajo cada año.

Muchos mexicanos estamos convencidos de que a la larga nos convendrá mucho el TLC. No olvidamos la contestación a predicciones similares de lord Keynes: "a la larga todos estaremos muertos". La toma muy en cuenta el que esto escribe, que es septuagenario. La verdad es que no se puede hacer un cambio importante sin dolor, sudor y lágrimas. Sea para bien de nuestros hijos y nietos.

Historia moderna: la guerra de independencia fue larga y destructiva y la turbulencia económica y social que dejó continuó 45 años después de la victoria final. Nació como un movimiento contra el mal gobierno y la preferencia por españoles peninsulares (nacidos en España) en todos los puestos.

A pesar de eso, la mayor parte de los criollos se mantuvieron fieles a España, que garantizaba el orden y la paz. En esa época de castas, los originadores y conductores de la rebelión fueron principalmente criollos y mestizos claros, pero la gran masa de sus tropas era de mestizos morenos. Lo que nació como un movimiento exclusivamente político se fue transformando, sin que los protagonistas se dieran cuenta de lo que pasaba, en una revolución social. Se declaró el fin de la esclavitud y de alguna forma se despertó el apetito de los desposeídos por la propiedad rural. Pese a cualquier ventaja nacional y social, la revolución por la independencia fue

una orgía de destrucción. Las haciendas fueron repetidamente destruidas y las cosechas y la caballada robadas, las minas se inundaron y los malos caminos se volvieron intransitables. La pobre infraestructura sobre la que se trabajaba y creaba riqueza no recuperó su capacidad productiva hasta el último cuarto del siglo XIX. La educación no penetraba en el proletariado rural, que era la gran mayoría de la población. Todavía en 1910 había más iglesias que escuelas primarias.

No parecíamos los mexicanos capaces de tener gobiernos estables. Si a España misma se le llamaba ingobernable si no era mediante una dictadura, qué se podía decir de un país desordenado, con poca cohesión interna, del cual aún ahora se dice que no existe la historia de México sino historias de las regiones en que estaba fraccionado. Los gobiernos se sucedían unos a los otros por medio de pronunciamientos de los jefes con mando de tropa. Muchos mexicanos creían que jamás podríamos aprender a gobernarnos. De allí nació un movimiento para invitar a algún príncipe extranjero para que viniera a gobernarnos. Así, nos cayó el ejército francés y un Habsburgo sobrante. Fueron cuatro años de guerras y guerrillas. Ese triste episodio dejó otro saldo de desorden.

La civilización moderna fue llegando durante la dictadura de Porfirio Díaz que gobernó entre 1876 y 1910. El general Díaz creó un verdadero ejército profesional y despolitizado, abrió carreteras y ferrocarriles y, sobre todo, estableció el orden, la paz y el progreso. Fue un gran gobernante en todo menos en justicia y respeto a los derechos humanos. Ni hablar de democracia. Creó un auténtico país, pero fue cruel y vengativo. Su más grande crimen fue desposeer a los indios de sus tierras para ponerlas en manos de la "gente de razón", los que efectivamente sabían producir. Con la edad y la omnipotencia perdió el contacto con el pueblo y la memoria de su origen proletario.

En 1910, los intelectuales, los profesionales y parte de la incipiente clase media iniciaron otra revolución que ahora escribimos con R mayúscula. Pronto se les escapó de las manos a sus iniciadores y fue recogida y radicalizada por el proletariado rural. Fue casi tan larga y tan o más destructiva que la guerra de independencia.

La restauración del orden y la creación de nuevas infraestructuras no empezó sino hasta los primeros años veinte, dejando una larga estela de destrucción, desorden y pobreza. En plena depresión mundial de los años treinta empezó lo que ya para el fin de los años cincuenta se llamaba "el milagro mexicano". De 1934 a 1972 México estuvo en pleno desarrollo con un crecimiento sostenido medio de cerca del seis por cien anual y con moneda firme. Se debió a la liberación de fuerzas frenadas a principios de siglo por una dictadura que empezó a ahogar la vitalidad de la sociedad civil. La Revolución mexicana fue destructiva, pero liberadora y los gobiernos post-revolucionarios fueron pro activos pero cautelosos.

No gastaban mucho más de lo que ganaban y el país se manejó bien y con ortodoxia económica.

De 1972 a 1982, dos gobiernos consecutivos quisieron acelerar el crecimiento del país más de lo que éste daba de sí. Aumentaron exageradamente el gasto corriente, se hicieron inversiones públicas en superestructura (como fábricas) innecesarias para el poder público, mal diseñadas y empleando excesiva mano de obra. Todo mediante deuda externa. Esta, privada y pública, subió de cuatro mil millones de dólares a ciento veinte mil millones en los doce años conocidos como “la docena trágica”. Por muchos años la inflación se mantuvo en el tres por cien anual o poco más, apenas una erosión monetaria como la de los países desarrollados. Llegó al 159 por cien. El máximo de inflación se alcanzó cinco años después de salir el segundo de los gobiernos de “economía ficción”, pero esto se debió a la inercia que dejaron los despilfarradores.

Lo que la Revolución no resolvió fue la falta de democracia. Hasta ahora vemos los primeros barruntos de democracia electoral efectiva y tenemos esperanza de que ahora sí van a ser ciertas las ofertas oficiales en la materia. Quedan sospechas y dudas que resultan de la demagogia e incumplimiento del pasado.

La situación económica es positiva, pero muy precaria. Está colgada de hilos todo lo que hemos avanzado en el régimen actual.

La recuperación de la ortodoxia financiera la inició el nuevo gobierno de Miguel de la Madrid a fines de 1982. La empezó con demasiada cautela y no fue hasta su último año, 1988, cuando inició con decisión el esfuerzo contra la inflación. Como resultado, el pueblo no le agradeció al presidente sus esfuerzos y llegó a las elecciones de 1988 muy lastimado.

Carlos Salinas de Gortari inició su labor tomando rápidas medidas decisivas que legitimaron *ex post facto* su gobierno a los ojos del pueblo. Ha sido muy severo en el recorte del gasto público, en la cobranza efectiva de los impuestos debidos y en las privatizaciones de las empresas paraestatales. Aun cuando bajaron las tasas impositivas, subió la recaudación. El Estado había llegado a estar demasiado obeso y este gobierno privatizó todas las empresas públicas que no eran de importancia “estratégica”.

Como quiera que sea, la acción de gobernar constituye una serie de actos un tanto abrasivos y desgastantes. Así, ha ido cayendo la popularidad del gobierno que está por salir. Aumenta otra vez la proporción de votos de la oposición.

La economía: es generalmente aceptado que un país en desarrollo debe importar más de lo que exporte y mantenga una balanza comercial deficitaria por varios años. Sólo así puede aumentar el proceso de industrialización. El déficit debe permanecer dentro de los límites de lo que puede financiar.

Todos los gobiernos mexicanos post-revolucionarios han seguido esta política. En los primeros años hubo parquedad en los cré-

ditos tomados. Esta no sólo fue una virtud sino una necesidad. Porfirio Díaz consolidó, renegoció y dio servicio exterior a la deuda externa mexicana. Así, el país llegó a tener amplio crédito pero nunca abusó de él. Pero en 1913 la Revolución quebró al país y tuvimos que suspender *sine die* el servicio de la deuda. Por años, el país tuvo que hacer sus compras al exterior, al contado.

Después de varios intentos, se logró renegociar la deuda en los años cuarenta y se reanudó su servicio. Durante algunos años nos fueron acumulando una nueva pero modesta deuda. Estaba bien dentro de las posibilidades de un país con crecimiento sostenido del seis por cien anual. Pero el presidente Echeverría, que recibió el gobierno con una deuda de cuatro mil millones de dólares, la quintuplicó a veinte mil millones. En lugar de pagar ese adeudo con la bonanza petrolera, su sucesor, José López Portillo, aprovechó la necesidad de volver a poner en circulación los petrodólares que tenían los bancos internacionales, para pedir prestado todo lo que le podían dar. Sextuplicó la deuda nacional llevándola a ciento veinte mil millones de dólares.

Los dos gobiernos sucesores tuvieron que reconocer esa deuda y lograron una reducción del 35 por cien. Aun así, tuvieron que disminuir enormemente la inversión en infraestructuras y casi abandonaron su mantenimiento, lo que tuvo un coste social enorme. La economía casi no ha crecido nada en el promedio de los doce años desde la quiebra de 1982. Uno de los remedios contra la inflación fue la apertura comercial que ha desembocado en el libre comercio del bloque norteamericano. Este está poniendo contra la pared a gran parte de la industria pequeña y mediana.

Se está logrando equilibrar la balanza de pagos con la creciente inversión extranjera. Pero este crecimiento tiene sus límites. Uno de ellos es la misma limitación de infraestructura. Otro es el impacto inflacionario del ingreso de divisas. Por cada dólar que entra hay que entregarle al que lo trae más de tres pesos. La producción adicional que resulta de las nuevas inversiones tiene necesariamente un retraso de un par de años con respecto a su efecto positivo. Es el mínimo que requiere la terminación de edificaciones, maquinaria y la curva de aprendizaje de operarios y directores. Esto hace a la economía vulnerable, sujeta a variaciones y accidentes que afectan el flujo de efectivo.

Las medidas restrictivas para acabar con la inflación parecen haber sido alcanzadas por la ley de decrecientes resultados. Los últimos tres o cuatro por cien necesarios para reducir la inflación al tres por cien anual, están costando más que las reducciones anteriores. Estamos en plena recesión. Las elecciones del 21 de agosto se han celebrado en el peor momento. Pese a todo lo apuntado soy optimista. Creo que México está tomando medidas e inercias que aún malos gobiernos no podrán frenar. Con sustos y tropiezos, el país está listo para reanudar el ascenso sostenido.